



A. DONELLO

LA FIRMA

| Pilar de la Vega

La inmigración, en la agenda pública

La inmigración, un asunto que da y quita votos, se ha metido en la agenda pública y ha envenenado el debate público, hasta el punto de convertirse en una amenaza a la esencia de las democracias liberales, construidas sobre los cimientos de la tolerancia

Uno de los temas de este comienzo de curso ha sido la inmigración y, una vez más, se ha utilizado para el desgaste del rival. Con la llegada de cayucos a Canarias hemos oído expresiones altamente preocupantes, como «avalancha», «invasión», «inseguridad», «violaciones» o «terrorismo». Es el discurso de la extrema derecha por el que culpa de todos los males del mundo a la inmigración. Discurso peligrosamente acompañado de un sinfín de bulos y mentiras que repiten constantemente. No es de extrañar, por tanto, que en el último informe del CIS el 30% de los encuestados cite la inmigración como uno de los tres primeros problemas de España, y que haya causado un gran revuelo. El debate abierto por este dato es si estamos ante un pico

coyuntural o realmente responde a una corriente de fondo, pues dicha cifra lleva subiendo en la serie del CIS desde el final de la pandemia y, especialmente, desde el verano de 2023.

El porcentaje de residentes en España que nacieron en otro país se ha triplicado en veinte años, pasando del 6% en 2002 al 19% actual. Los picos de preocupación

«No debemos olvidar que emigrar no es el primer derecho. El primer derecho es el de vivir allí donde has nacido en unas condiciones dignas»

con la inmigración se han dado siempre en períodos de aumento de población venida del extranjero. Las razones para que se eleve el miedo a la inmigración son variadas, como es evidente, y tienen que ver tanto con el fenómeno en sí, como con la percepción ciudadana del problema y de todos los mensajes, ciertos o falsos, que conforman el debate público. Según los datos del último Eurobarómetro, nuestro país está en la cola, solo un 14% la sitúan como principal problema. Desde 2008, durante la crisis económica y años posteriores, la inmigración ha preocupado menos a los españoles que a la mayoría de los europeos. Esperemos al próximo Eurobarómetro para finales de este año, y veremos si confirma que el patrón sigue cumpliéndose.

No podemos negar que la inmigración genere problemas, pues una parte de la población ve a los recién llegados como una competencia para su bienestar económico, sea laboral o en prestaciones sociales. Otra parte recela de los cambios culturales y cree que está en peligro su forma de vida, sea por motivos religiosos, de costumbres o lingüísticos. Lo que parece que ha logrado la extrema derecha es que hayan triunfado estos últimos pues son más fáciles de propagar y difíciles de combatir ante la incapacidad de demostrar la necesidad de la inmigración por motivos demográficos y económicos.

Es evidente, y todos los datos sobre natalidad y envejecimiento de la población así lo revelan (como el informe presentado ayer mismo por la Fundación Basilio Paraíso), que España, Europa entera, necesita para mantener su crecimiento y sus niveles de bienestar la llegada de trabajadores foráneos. Igual que parece claro que a todos los países les conviene que esa inmigración se realice de forma regular, ordenada y coordinada con los lugares de origen para evitar problemas añadidos. Esto pone de manifiesto la necesidad de un nuevo orden internacional basado en reglas más justas y que, en el caso de Europa, pasa por otra política ante el evidente fracaso del Pacto de Migración, aprobado hace apenas unos meses. No es posible buscar soluciones nacionales a un problema que es global.

No debemos olvidar que emigrar no es el primer derecho. El primer derecho es el de vivir allí donde has nacido en unas condiciones dignas y, por tanto, lo prioritario debería ser no acoger, sino facilitar el desarrollo de los países de origen. El resultado es que la inmigración, que da y quita votos, se ha metido en la agenda pública y ha envenenado el debate público, hasta el punto de convertirse en una amenaza a la esencia de las democracias liberales, construidas sobre los cimientos de la tolerancia.